



***Tú
y yo***



Somos Jóvenes

***Si acaso doblares la vara de la justicia,
no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.***

Don Quijote

***“Creo en Dios como el ciego cree en el Sol,
no porque lo ve sino porque lo siente”.***

**Si no sientes a Dios, ¡que cimbra!, no tienes entrañas, ni
adentros.
Eres un hueco.**

**Este no es un mundo nuevo que resurge, es un mundo viejo
que se muere; sentencia agustiniana de aquel entonces de
hace 1,600 años, en que ya fallecía en nuestras manos. No
nos engañan, no van a crear un paraíso nuevo: intentan dar
la artera puñalada final al mundo que tenemos, y no vamos a
transigir ante esos ellos. Por eso esta jornada de lucha, de
espadas, de garras, contra los ignominiosos que destrozan,
¡esa es su arma!: entronizan la biliosa lucha de clases,
colocan a los que tildan de odiados tradicionalistas frente a
los brillantes “progresistas” --que bien se sabe a dónde
apuntan sus insidias--: ahí van explotadores contra
explotados, colonialistas desalmados contra colonizados;
bolcheviques que realmente eran los menos, aplastando a
mencheviques que eran en realidad los más; enfrentan a los
blancos “supremacistas”, contra los chinos, indios, y negros;
u homofóbicos, o risueños “gays”; pobres o ricos...
interminablemente; obviando la verdadera distinción entre
rectos, corruptos, justos y depravados, de héroes o
inhumanos.**

**Hay una sola distinción, la que marcó Martí: *“Los hombres se
dividen en dos bandos: los que aman y fundan, los que odian
y deshacen.”.***

Un crimen sobre todos los crímenes, el desgarrón generacional. Y ahí van con su daga los que aborrecen y desfacen.

“Generación incrédula, ¿hasta cuándo estaré con ustedes?”
Incrédula toda, de arriba abajo, del infante al anciano, sin desgarrones, sin distinciones, sin separaciones y sin edades, sin trozos ni pedazos.

Desciendes del Tabor
y nos encuentras discutiendo, rumiando cada miseria.
Hay alguien en el suelo, de espumarajos lleno.
Impedido el milagro discutimos tonteras;
ausente el rezo y el ayuno, no lo podemos.
¿Cómo no hartarTe de nosotros en este día a día que se Te
hace interminable?:
lidias con la blasfemia y la rudeza
Tú que vienes de dialogar con Elías y con Moisés
y de mostrar el Padre Su complacencia.
Refulgen los vestidos, envuelto estás de gloria...
y tienes que bajar
para encontrar mi estulticia y mi torpeza.

Cuanto hombre, mujer o niño existiese, respirara o se moviera en ese duro momento, sin importar sus años, constituían, eran, una misma e inseparable generación. Así la existencia humana. Es por ello alevoso ese infernal, falso, quiebre entre padres, abuelos, hijos y nietos. Es tronchar a hachazos el pasado destruyendo el presente. Es contra la familia, el nudo más estrecho, el núcleo fuerte, el primer golpe. Contra los que estamos atados por hierros de cariño y agradecimiento a las generaciones que nos precedieron; de

respeto a la humanidad pasada; y somos hoy un mismo trigo que se siembra, un mismo fruto que se alza. Entonces, seremos el pasado.

Ante ese morir de este mundo, ante el acero que se alza para guillotinarlo antes del tiempo señalado, nos rebelamos. Asimos la verdad, el camino y la vida y arremetemos como aquel caballero contra los jayanes de la Mancha, sólo que ahora son de carne y hueso, ni fantasmas ni aparenciales, son rojos y son crueles.

Por eso esta jornada, por eso esta lanza y esta espada y yelmo; por ello esta cruzada que emprendemos por la vida, por Dios, y por la patria.

Una sola y hermosa generación de abuelos, hijos, padres, nietos, bisnietos, amigos entrañables, aunados en la veracidad, en la familia, en la amistad noble y redentora, y el amor a la tierra que no van a arrebatarnos, que no van a vender a ninguna idea extraña. Forjados en el amor de los que fundan y cimientan.

¿Qué une y qué separa? Nos funde, nos acrisola, la búsqueda del bien común. No nos separan los años o distintas riquezas. Separan la envidia, el odio, la destrucción, la inmoralidad, la inmundicia, la escabrosidad, la infamia. ¿Y qué importan los dineros ni las canas?

Tomamos las virtudes, asumimos los principios del ayer, abrazados los jóvenes, ¡lo somos todos!, los soñadores que soñamos, los que amamos apasionadamente este mundo que el mismo y conmovido Dios vio que era muy bueno.



El ayer nos enseñó el respeto, la admiración, la hombría y la femineidad más puras, el estrecharnos en familia extendida de tíos y de hermanos y de niños pequeños que entrelazados nos asombramos, nos queremos, y nos hincamos ante el glorioso empeño de los que aman y fundan, y despreciamos a los que odian y desprecian. Contra esos incansable, furiosamente, es que luchamos; con el brío de viejo de alma lozana que es tan joven, con la bravura del joven que nunca será viejo.

Adelante, sin miedo, con la estrella de luz, no en la frente donde se ve, sino en los más hondo de nuestros pechos. De cien, nos importan cien; pero si alguno ladra desde la vera del camino, tendremos compasión, una flor, y un verso; y en

la mente estrofas del poeta: Que el mundo piense de nosotros lo que quiera, eso es asunto suyo; si no nos coloca en el lugar que nos corresponde sino cuando hayamos muerto, o nunca tal vez, ese es su derecho. Nuestro deber es actuar como si la vida fuera justa, como si la patria fuera agradecida, y como si los hombres fueran buenos. ¡Lo son! a pesar de los pesares ¡la vida es justa, la patria agradecida, y los hombres son buenos!

***Tú
y yo***



Somos Jóvenes

***Si acaso doblares la vara de la justicia,
no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.***

Don Quijote

Tipos duros. Tough guys.

Soy joven porque estoy enamorado de la vida, porque mi corazón arrebatado puja por salirse de mi pecho, y reventarlo; porque quiero reconquistar el mundo limpiamente; que brille la justicia con compasión, sin venganzas y sin revanchas; abrazar causas nobles que siembran el bien de la nación y enaltecen al ser humano. Para ello soy capaz, y lo hago, de poner en juego mi vida entera en la aventura gallarda de ser mejores, de labrar un futuro de soles a los que vienen detrás, y venerar a los mayores. ¡Soy joven porque soy digno! ¡Soy joven porque construyo! ¡Soy joven porque respeto!

Soy joven y estoy orgulloso de quien yo soy, ahora y aquí, de las tradiciones de mi patria, de mis antepasados que me han llevado a este sitio que ocupo hoy, porque tantos antes de mí lo han conquistado con coraje y con su sangre a borbotones derramada en glorioso combate contra la perversión, la maldad, la tiranía, y el infame comunismo. Y desde aquí me lanzo hacia el futuro, entusiasmado, delirante, pero sereno y firme, creyendo en la santidad de la vida, y en los valores eternos de nuestra gloriosa civilización occidental, que bravíamente hemos heredado y con igual hombría enarbolamos.

Rechazamos la hoz y el martillo, los extranjerismos, los globalismos malsanos del Nuevo Orden con sus tentáculos destructores, avasalladores, enroscados. Renegamos del pacifismo a toda costa, entreguista; porque creemos que la

vida es lucha, y la libertad se conquista con fuerza arrasadora y a punta de machete.

No nacimos entre algodones y no nos acomodamos. No nos amedrentan los maldicientes, ni vamos a acobardarnos. Juramos, con aquél grande de la nación que nos arroja, eterna lucha contra todo tipo tiranía sobre la mente del hombre.

¡Somos jóvenes porque luchamos sin tregua! Tíos muy



duros,

Tough guys.

¡Con la bravura de los héroes caídos, que recogemos y en la que nos acorazamos. En la limpieza de nuestras intenciones, ¡que nos ayude Dios!, nos apoyamos.

¡Sí!, encaramos el futuro con hidalguía, lo tomamos en nuestras manos que queremos callosas de sembrar y

golpear: un mañana mejor; con senderos más limpios, más sanos, más cultos, más de leyes y ambiciones nobles que protejan al pobre y al rico, al blanco, al negro, y al mulato; que sin separaciones, sin odiosas distinciones, formemos una nación con todos y para el bien de todos. ¡Unidos no!, ¡hermanados! ¡Bajo la ley y el orden sagrados, a la bandera y a la patria abrazados!

¿Odio?... ¡soy viejo!

¿Envidia?... ¡soy un anciano!

¿Destruyo, insulto, saqueo, mato? No soy sino un vil, retrógrado, primitivo anticuado.

El Marxismo, rojo de sangres, oriental, extranjerizante, y sus tontos útiles –volveremos sobre ello--, odia, odia y odia; y sobre todos los odios, machaca sin cansarse sobre ello, odia la religión y la propiedad privada. Su endemoniada “Internacional” canta: *“Ni César, ni burgués y su pequeña propiedad, ni Dios”*. ¿O no escuchamos?

Nosotros, jóvenes, reverenciamos nuestra egregia cultura de Occidente (en mayúsculas) con sus eternos pilares que nunca caerán: Propiedad Privada, Cristianismo, Democracia --libre empresa--, el voto universal y secreto, y el individualismo enraizado en la persona.

¡Somos jóvenes!: porque tenemos ansias de aprender haciéndole preguntas a la vida, porque somos optimistas y sabemos que días nos esperan para alzarnos; porque nos arrebató la aventura, el riesgo; porque amamos el existir, y al despertar sonreímos y saltamos de la cama con los puños cerrados para atacar, y defender toda justicia; pero, esencialmente porque buscamos rabiosamente la verdad,

dondequiera que esté: despreciamos la mentira, la hipocresía, la vileza, la destrucción, la perversión de las conciencias.

Soy joven porque con Martí canto al existir: Lo que me duele no es vivir: me duele vivir sin hacer bien. Mis penas amo; mis penas, mis escudos de nobleza. No a la próspera vida haré culpable de mi propio infortunio, ni el ajeno goce envenenaré con mis dolores. Buena es la tierra, la existencia es santa; y en el mismo dolor, razones nuevas se hallan para vivir, y goce sumo, claro como una aurora y penetrante. Mueran de un tiempo y de una vez los necios que porque el llanto de sus ojos surge más grande y hermoso que los mares.

***Tú
y yo***



Somos Jóvenes

***Si acaso doblares la vara de la justicia,
no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.***

Don Quijote

Fuerza y Coraje

Ser joven es ¡arremeter! con fuerza y con coraje. Con los bríos que nos da la vida; blandiendo como antorcha, como Tizona, la que esgrimió Rodrigo Díaz de Vivar, ¡su temple es nuestro temple! Denuedo, valentía, con arrojo en el alma, mientras nos vibra de bazarria el esqueleto.

Juventud, bravura, es un estado de excelsitud del alma. Es rabia, es furia, ira del espíritu que se alza contra el déspota opresor. Es ser señor sin vasallaje.

Violentemente alegre. No nos conformamos, es nuestra hombría, estar alegres porque alguna preciosura nos ha rozado. *Intrínsecamente alegre*, con regocijos en el pecho, ¡siempre! aun cuando invada la tristeza, diría mi amigo. Tristeza hunde, desploma el sentimiento. Nuestro ánimo, adolescente, se empina, rebosante de risas, de esperanzas, de seguridades reales de que la vida es hermosa, de que este mundo es bueno, de que todo es para el bien de los que aman a Dios. ¡Triunfantes!

Violento en el coraje. Desnudos de toda cobardía. No nos conformamos, por nuestra hombría en el desánimo porque alguna coyuntura nos ha rozado. *Intrínsecamente de fuerzas y coraje*, con osadías en el pecho, ¡siempre! aun cuando invada la sombra, la tormenta, el duro oleaje. La cobardía hunde, desploma el sentimiento. Nuestro espíritu, adolescente, se empina, rebosante de valor, de esperanzas, de seguridades reales de que la vida es hermosa, de que

este mundo es bueno, de que todo es para el bien de los que aman a Dios. ¡Triunfantes!

Y para ser alegres, para llevar en las vísceras fuerza y coraje, ¿qué importa si se es abuelo, hijo, o padre? No se trata de *estar* jóvenes, ahora, aquí, por la única y transitoria, frágil razón de tener pocos años. Como si no hubiese tantos de corta edad amargados, con el alma ancianamente desgastada, sin atrevimientos, tristes; y tantos cargados de años, con las fibras vibrantes, intocadas, virginales.

Viejo aquel muchacho que refunfuñaba de sus mayores, y a quien el amigo le decía: *“¿Crees que los demás no han tenido nunca veinte años? ¿Crees que no se han sentido nunca como “limitados” por la familia, como menores de edad? ¿Crees que tus padres y los mayores se han ahorraron los problemas mínimos o no tan mínimos con los que tropiezas?... No. Ellos han pasado por las mismas circunstancias que tú atraviesas ahora, y se han hecho maduros pisoteando su egoísmo, sus caprichos tontos, sus majaderías, con perseverancia, cediendo en lo que se podía ceder, y manteniéndose leales, sin arrogancia y sin herir a los demás que son tan personas como tú, ni mejores ni peores: diferentes, valiosas, dignas.”* No hay diferentes circunstancias, es el hombre, idéntico en los siglos, ya redimido. Bien diría Don Segundo Sombra: Las circunstancias no hacen al hombre, muestran quién es.

Aquella niña (la historia es real) pregunta a su abuelita: ¿Abuelita, tú eres joven? Y la abuela respondió sin pestañear: Sí; mi niña, hace muchos años que soy joven.

Ser interior, íntimamente jóvenes, en alas del espíritu indomable de los mejores, de los escogidos, de los que llevan incrustada en la frente la estrella del destino; con regocijos y pujanza, arrojados en el pecho... ¡siempre!, y no cejar. La edad biológica irrelevante, sin consecuencias. Nuevo en la audacia, sin que interese lo que suceda, que nada pasa, y si pasa ¿qué pasa? *Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa (...)* Pero no hay amor fino sin la paciencia. Confianza y fe vivas mantenga el alma, que quien cree y espera todo lo alcanza. Barbilampiños. Frescos.

Ancianidad, vejez, congoja, susto, para los miserables, para los corrompidos sin miramiento de años. ¡Jóvenes!, porque el alma es tersa, y no se agosta si se mantienen las nitideces del ensueño. Se arruga la piel que es exterior, de superficies, el sudor la aja, se hace fina, se minimiza y transparenta para dejar que se vea el alma que se agranda.

¡Impúber!, de amor con limpidez, con el honor aferrado en el



rejón de atravesar canallas. Amamos a los nuestros muy nuestros, a los míos, muy míos; y a los no tan

cercanos que guerrean con todo ahínco por esa nuestra bandera, la del azur infinito de los cielos, tan empapada de bravuras; blanca, muy blanca, con garras de ave que surca el cielo con su cabeza alba, pico de garfios, y ternuras muy blandas ante el niño, la mujer, la anciana.

¡Amo mi tierra!, el suelo donde están nuestros muertos, la Virgen de montañas, al campesino noble, al obrero de jornadas tan largas, al rico, al pobre, al que hunde su sien en los desvelos, al que salta ufano en la mañana. Amo, y amo, y amo a pecho suelto, que los efecos aman sin tregua, sin descanso, sin esgrimir derechos porque el fervor les ata a los deberes, al sacrificio, a la entrega sin prisas y sin pausas.

No nos desgarrarán. Yo soy mi hijo, mis padres y mis abuelos. Una sola garganta. Grito, mancebo, grito con ellos las glorias de la vida: con añoranzas de un mañana de elevaciones, de ser mejores; de roturar virtudes en cada niño, surcos profundos en aquéllos que un día venerarán,



rodilla en tierra, la bandera, el altar y el honor de la patria. Nos sobran, es nuestra miel y nuestro acervo, fuerza y coraje.

***Tú
y yo***



Somos Jóvenes

***Si acaso doblares la vara de la justicia,
no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.***

Don Quijote

Nuestro Secreto

***“Pueblo mío, ¿qué te he hecho, o en qué te he contristado?
¡Respóndeme!”***

En la vida de todos los hombres -se ha escrito- hay un secreto. La mayoría se muere sin llegar a descubrirlo.

Somos jóvenes, tú y yo, porque creemos, porque confiamos, porque no recelamos, porque llevamos un secreto en lo hondo del alma: escondemos la infinitud de un Dios en lo más íntimo de nuestros adentros.

Y porque creemos y confiamos, porque descansamos en tanto gigante del espíritu y del pensamiento que precediéndonos nos han colocado en el sitio en que estamos, amamos el ayer; y en él y en el mañana, el hoy. Detestamos la mentira, la hipocresía, la doblez, el engaño, la duda insolente, y por encima de todo despreciamos la asnada.

¡Dios sí existe! Y ninguna roja doctrina, por muy comunista y diabólica que sea, podrá asesinarlo.

Ya lo pretendió Nietzsche hace 175 años: y desde entonces otros muchos, Marx incluido, lo han ansiado. A pesar de sí mismo, tuvo Nietzsche que obligar a gemir y lamentarse a aquel pobre diablo en cita un poco larga pero imprescindiblemente necesaria:

“No habéis oído hablar de aquel hombre loco que en pleno día encendió una lámpara, fue corriendo a la plaza y gritó sin cesar: “¡Busco a Dios! ¡Busco a Dios!” – Como en aquellos momentos estaban allí muchos de los que no creían en Dios, provocó gran regocijo. ¿Es que se ha perdido?, dijo uno. ¿Es que se ha extraviado como un niño?, dijo otro. ¿O se está escondiendo? ¿Es que nos tiene miedo? ¿Se ha

embarcado? ¿Emigrado? – así gritaron y rieron a coro. El hombre loco saltó hacia ellos y los fulminó con la mirada.

”¿Dónde se ha ido Dios?”, gritó. “¡Os lo voy a decir! ¡Lo hemos matado vosotros y yo! ¡Todos nosotros somos sus asesinos! Pero ¿cómo hemos hecho esto? ¿Cómo pudimos vaciar el mar? ¿Quién nos dio la esponja para borrar todo el horizonte? ¿Qué hicimos al desatar esta Tierra de su Sol? ¿Hacia dónde va ella ahora? ¿A dónde vamos? ¿Alejándonos de todos los soles? ¿No estamos cayendo continuamente? ¿Hacia atrás, hacia un lado, hacia adelante, hacia todos los lados? ¿Existe todavía un arriba y un abajo? ¿No estamos vagando como a través de una nada infinita? ¿No nos roza el soplo vacío? ¿No hace ahora más frío que antes? ¿No cae constantemente la noche, y cada vez más noche? ¿No es preciso, ahora, encender linternas en pleno día? ¿No oímos aún nada del ruido de los sepultureros que entierran a Dios? ¿No percibimos aún nada de la podredumbre divina? ¡También los dioses se pudren! ¡Dios ha muerto! ¡Dios sigue muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado! ¿Cómo podemos consolarnos, asesinos de asesinos? Lo más santo y poderoso que ha habido en el mundo se ha desangrado bajo nuestros cuchillos — ¿quién nos limpia de esta sangre? ¿Con qué agua podríamos limpiarnos? ¿Qué fiestas expiatorias, qué juegos sagrados tendremos que inventar? La grandeza de este acto, ¿no es demasiado grande para nosotros? ¿No hemos de convertirnos nosotros mismos en dioses para aparecer dignos de él?”...

No termina el absurdo sino en el despeñadero más ridículo. ¿O acaso era ese el objetivo: la aniquilación, la nada? No puede vivir el hombre sin un Dios; y asesinado éste, hace el hombre un diosecillo de sí mismo; se crea desde la nada, se

alza en endiosamiento, el que es nada. Ese microbio pequeño, frágil, limitado, que un día sí que se muere y se pudre bajo las hormigas como afirmaría Ballagas, se ensoberbece, descrea al Creador, y se hunde en la estulticia. Imbécil.

Casi doscientos años después de Nietzsche, sus herederos de la francmasonería, de la escuela de Frankfurt, Marcuse maldiciente, los de la ambición brutal del Marxismo Leninismo, del Nuevo Orden globalista y desalmado, han vaciado el mar; han, con una horrificadora esponja de hoces y martillos borrado todo el horizonte, desatado esta Tierra de su Sol; y nos preguntamos con el loco: ¿Hacia dónde va ella ahora? ¿A dónde vamos?

De la noticia de la muerte de Dios se han apoderado la universidades, la prensa; y en ellas el embotado, lujurioso corazón del hombre. El horizonte que define los límites de nuestro mundo ha sido borrado. El centro que nos mantenía en nuestro lugar ha desaparecido. Nuestra era *postmodernista* se encuentra, como diría alguien, flotando en un pluralismo de perspectivas, una plétora de posibilidades filosóficas, pero sin ninguna idea dominante de hacia dónde ir, ni de cómo llegar allí. Un futuro cercano de anarquía humana parece inevitable.

Ni tú ni yo podemos probar que Dios exista o no exista. ¡Si Dios mismo no lo pudo conseguir cuando en el extremo de la locura bajó y mostró en Su hijo su poder, su grandiosidad, y su amor! Se incluyó en la historia para que lo viéramos y lo tocáramos, hasta quedar encajado en un madero con clavos duros y nuestros. Todavía resuena aquella respuesta inicua a la pregunta de Pilatos, ¿Y qué hacemos con el Cristo?:

¡Crucifícale!, ¡Crucifícale! Y lo crucificaron. Si Dios mismo no alcanza a que lo vean cuando despliega la Obra de sus manos: el verde y el azul a cataratas, las aladas criaturas que fulgen en los cielos, las cumbres para que las comparta el hombre con el águila, y el insondable océano que repletó de monstruos y de inocentes peces. Se muestra en ellos y no les basta.

No; no hubo un Dios excelso y Creador; los germinó... ¡el casualismo! Por casualidad brotó, apareció, el ojo humano⁽²⁾, ¡maravilla de maravillas!: 12 billones de células formando 120 trillones de conexiones; su retina, sensible a la luz, contiene sobre 100 millones de células fotoeléctricas; todo entrelazado con precisión micrométrica. ¡Elo sólo puede suceder...por accidente, por un caprichoso albur “de la naturaleza”! No se necesita ningún Ser prodigioso entretejiéndolo ¡Todo ese ojo para que pudiéramos ver; y verlo, en Su Obra, a Él!, ¡y no lo vemos! ¿Torpes, malévolos, o ambos a la trujana vez?

Cuando hecho hombre pudimos acercarnos, verlo y tocarlo, lo quitamos de en medio, ¡lo asesinamos! Ahora, insensatos, no existe: proclamas tu blasfemia, llena, porque no lo ves; para ti existe *lo palpable*. Tonto, es más real, de verdadera y guapa realidad, lo que tu miopía no constata: nunca he visto la voluntad, nunca el amor, no se me ha otorgado el asir entre mis manos la inteligencia ni la memoria, nunca he podido tocar las ilusiones ni los ensueños, ni el heroísmo, ni el negror de alguna entraña, no he rozado con mano temblorosa la galana travesura de un anhelo, ¡que sí son lo auténtico, lo real, lo indiscutible y cierto!

Creo que existe el infinitesimal, y el infinito, sin llegar a tocarlos. No he podido extenderme suficientemente para constatar si se encuentran, lejos, muy lejos, detrás del horizonte donde el Sol se cae cada tarde acaso en un despeñadero, dos líneas paralelas. Jamás se me ha dado ver a ninguno de mis dos grandes amores: ni a Dios, ni a mi patria. He visto una bandera, oído el himno que la suspira al entonarla; pero no se me ha dado el poder de abrazarla, apretarla, duro, contra este pecho que revienta en cariños por esa amada, adorada cuna, en que ambos me dieran el primer beso.

Se puede ser doctor --no almirante; son los titanes del océano--, o médico, campesino, o astronauta, y ser todo un cretino. Astronauta fue el primer ruso en el espacio: Yuri Gagarin era astronauta y cretino: cuando estaba alto muy alto, más allá de las cumbres, en medio de los cielos, se asomó por la ventanilla del cohete y recitó la cuartilla que le habían escrito: Estoy más allá de la nube y no veo a Dios. Mira, Gagarin, nunca he visto la imbecilidad, pero de ver tantos cretinos concluyo que existe.

Te puedo mostrar a Dios donde Él está. No entre celajes coloreados ni escondido entre estrellas, sino en lo más hondo de un pecho. Pero para mostrarlo --en otro; en ti no puedo-- tendría que atravesar al hombre, romperle piel y huesos, y llegar a lo más profundo de su adentro.

Tachado Dios, el hombre se ha quedado en la más horrífica, desesperante soledad, y exasperado se suicida aunque siga comiendo y caminando. Bien escribía Bertrand Russell a Lady Ottoline Morrell, su más profundo amor: "La raíz es la soledad. Tengo una especie de soledad física que casi

cualquiera puede aliviar más o menos, pero que sólo se aliviará completamente con una esposa e hijos. Más allá de eso, tengo una soledad espiritual muy interior y terrible... He soñado con una combinación de compañía espiritual y física, y si hubiera tenido la buena fortuna de encontrarla, podría haberme convertido en algo mejor de lo que jamás seré." Sin Dios y sin familia, ya en destrozo, ¿qué queda al bruto, envejecido, infeliz mortal?

Hace el hombre desaparecer a Dios y se planta en el lugar de Él. ¡Soberbia!; el pecado que más abate al hombre, y con él a la familia y a la sociedad; y con su perversidad hace temblar al universo.

¿Es dios este hombre finito, limitado, torpe, con su total devastador desconocimiento, atrapado entre millones de opiniones encontradas, sin referencia sino a su infeliz sí mismo? ¿Es dios este hombrecillo que se muere? Lo menos que se le puede exigir a un Dios es que no muera.

Dignidad excelsa del hombre que es buscado por Dios. Necedad del impío que Lo rechaza.

Jóvenes, ¡tú y yo!, que con el alma limpia, embravecida ¡creemos!;



creemos y luchamos por lo que creemos como lo hicieron los cruzados, los requetés de pecho abierto ante las huestes rojas que querían despedazar la España cristiana, los mártires, los héroes y los santos, los caídos en aras de nuestra cultura de Occidente. Creemos, como ellos, en Dios, en la familia, en nuestra patria, en nuestra religión que forjó a la Europa inmortal, y a nosotros en ellos.

¡Amo!
¡Amamos!
¡Amamos y creemos!,
Crece en amores el amor, muy joven, de los que amamos y creemos.

Notas:

(1) Nietzsche y *El Loco* – "Dios está Muerto"

(2) El cerebro humano consiste en aproximadamente 12 billones de células formando 120 trillones de conexiones. La retina del ojo sensible a la luz (que realmente forma parte del cerebro) contiene sobre 100 millones de células fotoeléctricas. Estas células capturan la estructura de la luz formada por los lentes y las convierten en complejas señales eléctricas, que son enviadas a un área especial del cerebro donde son transformadas en la sensación que llamamos visión. Todo ello para capturar un pajarito dando fuertemente con su pico en una palma... A una supercomputadora Cray, le llevaría 100 años para simular lo que en nuestro ojo ocurre muchas veces cada segundo.

**Tú
y yo**



Somos Jóvenes

***Si acaso doblares la vara de la justicia,
no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.***

Don Quijote

Torpes y malos.

***Disfrutar de un alma fuerte, audaz, atrevida;
ir por la vida con paso firme y ojos serenos;
estar preparado tanto para los casos extremos como para una fiesta...***

— La gaya ciencia

¿No habíamos afirmado que todos los hombres eran buenos? Lo son en esencia. No es el hombre, Hobbes, lobo del hombre. No brota animal del seno de su madre: Rousseau, nada ortodoxo, considera al hombre, aunque salvaje, bueno; añade que el ser humano está orientado naturalmente al bien pues el hombre nace bueno y libre.

Acaso en esas dos cualidades se encierre el misterio: libre y bueno. El ser humano es un proyecto que apunta a la felicidad como la flecha,

de pedernal y aguda, busca su término. No ha visto nunca la luz un recién nacido malo: en él, como la perla en su exoesqueleto, brilla prístina, pura, como nieve de lirio, la inocencia más simple, sencilla, natural y limpia: El embrión es casto y así irrumpe en la existencia: virtuoso, inmaculado, inocente, honesto. Brota del vientre de su madre como de un fontanar el agua limpia y delicada. En eso todos iguales y en nada más. No hablo de dignidad porque no podría prescindir de la dada por Dios, y hoy me despego de ello. Libre y bueno.

El animal nace terminado. El hombre es un esbozo, es un boceto que a sí mismo tiene que acabarse, moldear su propia arcilla; a su bloque de piedra bruta golpear a cinceladas fuertes, hasta alcanzar la perfección a la que fue imaginado. Ese su cometido y su destino. Se es eternamente joven porque no se renuncia al cincel ni a gradinas, uñetas, y martillo.



El talento, copioso, se da por descontado; manos y brazos enardecidos pugnan, al nervio atados.

La escultura es ensoñadora poesía. Cuál no será la lira de la propia y nuestra.

Bajemos al mundo, sumerjámonos en él; enfrentémosle pulso a pulso en lo que denomina su realidad, efímera. Lo haremos desprendidos de religión, de la política por no abusar; lo que nos significa, doloridamente, renunciar a lo que en esencia somos.

Comencemos por las torpezas, las de los estúpidos y malos. No hay estúpido bueno, ni malo que no sea sino un ñame con corbata. Insaciables, se van inflando hasta reventar en pachotadas y maldad. Se pronuncian solemnemente, desde el trono de su majaderías crudas, y se quedan orondos, abultados; las repiten sin detenerse a respirar, porque como los monstruos en el abismo del mar, no necesitan ni pulmones ni agallas; ni cegados, la luz.

Todos iguales.

Acaso el más cruel de todos los dislates, la declaración más irreal, y la más degradante. Por eso la pongo prioritariamente: *no es igual* a las otras aberraciones que se afirman. En jerarquía de degradación, esta va delante.

El igualitarismo es una nivelación hacia abajo. Es un hachazo a la libertad, una reducción del individuo a ser masa, la millonésima parte de un millón de personas: un freno, una barrera, una inicua alambrada que impide a la persona surgir, aspirar, crecer, desarrollar sus talentos y habilidades. Guillotina a la excelencia, cuya cabeza cae ante el desigual verdugo y rueda por desiguales suelos. Es la entronización de la mediocridad. Es el despedazar del mérito. La impersonalidad del ser humano.

Si somos iguales al nacer, lo somos por cinco minutos solamente. Si se distribuyera igualitariamente la riqueza --antes hay que crearla; y no se ha creado igualmente por iguales, sino diferentemente por desiguales--, y todos tuviesen en sus manos exacto patrimonio de bienes y de derechos, en quince días los millonarios lo serían nuevamente, y los miserables recuperado su miseria.

“La igualdad”, diría C. S. Lewis, “es un término cuantitativo y, por lo tanto, el amor a menudo no sabe nada de él. La autoridad ejercida con humildad y la obediencia aceptada con deleite son los derroteros por los que transita nuestro espíritu”.

Es esa diferenciación la que construye y ata; esos talentos que intercambiamos, los que nutren e integran, lo que nos complementan y engrandecen. Como diría alguno, dos piezas de un rompecabezas no



encajan si son iguales. Son sus aristas, su configuración, su enrevesada forma, su ser tan diferente, lo que concede aunarlas: lo que otorga, a su asimetría, a su conformación, ser una única cosa.

El igualitarismo, inhumano, niega la multiplicidad, las contradicciones inherentes a la existencia. Es el rechazo de la alteridad, la condición de ser, yo, otro. Alteridad que es colocarse en el sitio de ese “otro”; alternando, una y otra vez, la circunstancia mía con la suya, mi perspectiva con la del tú que no soy yo.

Te quiero comprender, te estimo, te respeto, y es la alteridad quien lo evidencia.

No somos una masa enroscada y amorfa; somos personas diferentes y por ello grandiosas. Quiero dialogar, no frente a un espejo, sino contigo; en paz envuelta en comprensión y avenencia. Ahí está mi mano, tendida y franca, porque te acepto. Estás cerca de mí, sin pintarrajeadas caras de odio y guerra: eres mi prójimo con el que tengo voluntad de entendimiento. Conversemos en diálogo perpetuo, y en ese dialogar en armonía nos enriqueceremos. El igualitarismo exige, devora, rebaja, la alteridad accede, reconoce, admite, acepta.

El igualitarismo es úkase imperial; el zar que dictamina ¡tienes que ser igual! Miro en mi derredor y no lo veo. O me rebelo contra el mandato,

pocos lo hacen, y entonces odio a aquél al que me clonan y lo desprecio;



o me doblo servil encadenando mi espinazo con otros de igual calaña. Miles de esclavos exigidos a ser parejos, simétricos; exactos a los de abajo quedar forzados.

Tú eres tú, y yo soy yo, ocupando espacios diferentes; hermanados porque amamos, respetamos, y nos reconocemos sublimemente diferentes. Queremos disfrutar de un alma fuerte, audaz, atrevida; ir por la vida con paso firme y ojos serenos; estar preparados tanto para los casos extremos como para una fiesta... fraternos. Compenetrados, lo disfrutamos.

***Tú
y yo***



Somos Jóvenes

Creación o evolución

***Si acaso doblares la vara de la justicia,
no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.***

Don Quijote

¿Qué hacemos tú y yo en este espacio que ocupamos, en este matemático momento en que existimos? ¿Qué portentosa maravilla nos ha dotado de piel y venas, de cuerdas vocales aptas al canto... y a la blasfemia?

Una sobrinita, todavía en mi tierra, ante la cruda mezquindad de su inocente vida -ya la golpeaba- acusó, llorosa, a su familia: ¿Por qué *me nacieron* aquí? Todos, indulgentes, sonrieron... A mí me sorprendió la exactitud de la expresión: *ella* no había *nacido* allí, se lo habían impuesto, por sí misma no lo hubiera hecho; y con todo buen juicio, mortificada por el injusto lugar en el que *la habían nacido*, con su inocencia había trazado en el aire, con precisión, palabras totalmente derechas, acertadas, con letras que juzgaban torcidas.

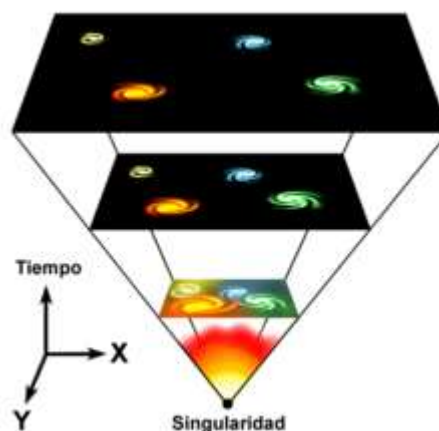
A ella, al arbusto, a la roca, a esos azules pedazos de océano, a la larva y al animalejo, algo o alguien *los nacieron*. Un día nada era; ni ese día del que hablo era. Un día todo fue: apareció la cueva, el humo, las abejas. Y con ellos surgía el día que ya era.

Empédocles lo dijo; Lucrecio, filósofo y poeta, lo repitió en su lengua: *ex nihilo nihil fit*; y sonó muy bonito. La nada no es un lugar del que se saque nada. Entonces se tomaron dos caminos: Dios, o la casualidad, colmando al universo de luceros, de aguas, de ramajes suntuosos, del hombre y de jilgueros. Incluidos quedamos nosotros tres: tú, yo, y nuestra amada juventud; la Tierra no, ni las infinitudes donde nadan los astros: esos son viejos: 13,700 millones de años —dicen los que los contaron con los dedos—.

Creacionismo. Diseño Inteligente. Evolución. Dejados de lado para nuestro propósito primero, concentrémonos en ese hijo bastardo con el que cargo hace ya años: el evolucionismo.

Hace muy poco les hablaron del Bing Bang y ellos aplaudieron, saltaron entusiasmados. ¿Cuál era el gran suceso?

Es historia de un cura. Un cura sesudo y serio⁽¹⁾. Un día, hace casi 14 mil millones de años, ni el cómo ni el por qué se saben, ni el qué, algo explotó, y se infló, creció, se hizo gigantesco. ¿La temperatura? Más de un



billón de grados. Ahí el origen del orden: una detonación, un monstruoso estallido, y queda “ordenadito” el universo; ¡vaya ocurrencia! Ahí el origen; incluida, aunque después, mucho después, la “vida”. Ni los marcianos sobreviven, ni surgen de eso.

Transcurrieron los siglos como años. Como a la leche, nos pasteurizaron, repetidamente. Cuentan que el Sol comenzó a brillar hace 5,000 millones de años; para esa época el universo se había enfriado a unos 100 grados bajo cero. ¿La tierra?, le calculan tener 4,600 millones de años:

incandescente en un inicio, no tardó mucho, afirman, en enfriarse. Así cualquiera coge una pulmonía.

¿Cómo se formó la “vida”?

Nos dibujan este relato que copio a grandes saltos:

“Aproximadamente 10^{-35} segundos después del tiempo de Planck un cambio de fase causó que el universo se expandiese de forma exponencial durante un período llamado inflación cósmica. Al terminar la inflación, los componentes materiales del universo quedaron en la forma de un plasma de quarks-gluones, debido a un cambio aún desconocido denominado bariogénesis, los quarks y los gluones se combinaron en bariones tales como el protón y el neutrón (...). Más tarde protones y neutrones se combinaron para formar los núcleos de deuterio y de helio, en un proceso llamado nucleosíntesis primordial⁽²⁾”.

Según una noticia de febrero de este año, el LHC (Large Hadron Collider⁽²⁾) logró reproducir la sopa primordial existente tras el Bing Bang.

Es decir, que nos informan no solamente todo lo que sabemos de la no-vida, sino que la podemos reproducir en un laboratorio. ¡Fantástico! ¿De dos billones de grados, a -100 de nuevo?

¿Y la vida?: un día muy lejano una piedra se mutó en un pez, éste en una lagartija, la lagartija dio paso a una jirafa, a un oso, a un elefante, a una hormiga, a un mono; y en un *salto de especie* espectacular, en una cabriola de esplendideces, del mono al hombre. ¡Y ya está! Pobrecitas leyes de la Genética, pulverizadas.

Los evolucionistas apuestan a esa historia. Yo apuesto a Dios. ¿Por qué? Introduzcámonos en ello.

(1) En su teoría, el padre Georges Lemaître había imaginado que la gigantesca explosión inicial del Big Bang debía haber dejado tras de sí un residuo de energía, como una especie una radiación fósil. El mundo científico prestó poca atención a esta idea, volviendo en cambio a concentrarse en la controversia en curso. Más tarde, sin embargo, un americano de origen ruso, George Gamow, desarrolla la teoría del padre Lemaître y calcula la que debería ser la radiación fósil correspondiente. Su cálculo se basa en la radiación térmica emitida por un cuerpo negro, en la temperatura de 5 Kelvin (en la gama de las microondas).

Con gran sorpresa general, en 1965, Arno Penzias y Robert Wilson, investigadores de la Bell Telephone Company y encargados de manejar los primeros radiotelescopios descubren por pura casualidad la radiación fósil. Esta radiación fósil tiene la temperatura de 2,7 Kelvin, y proviene de todas partes del universo. -1000 centígrados

Fue Odon Godart quien comunicó al padre Lemaître, unos días antes de su muerte, la noticia del descubrimiento de la radiación fósil, que él había elegantemente rebautizado como “el fulgor desaparecido desde cuando fueron creados los mundos”.

- (2) Aproximadamente 10-35 segundos después del tiempo de Planck un cambio de fase causó que el universo se expandiese de forma exponencial durante un período llamado inflación cósmica. Al terminar la inflación, los componentes materiales del universo quedaron en la forma de un plasma de quarks-gluones, en donde todas las partes que lo formaban estaban en movimiento en forma relativista. Con el crecimiento en tamaño del universo, la temperatura descendió, y debido a un cambio aún desconocido denominado bariogénesis, los quarks y los gluones se combinaron en bariones tales como el protón y el neutrón, produciendo de alguna manera la asimetría observada actualmente entre la materia y la antimateria. Las temperaturas aún más bajas condujeron a nuevos cambios de fase, que rompieron la simetría, así que les dieron su forma actual a las fuerzas fundamentales de la física y a las partículas elementales. Más tarde protones y neutrones se combinaron para formar los núcleos de deuterio y de helio, en un proceso llamado nucleosíntesis primordial. Al enfriarse el universo la materia gradualmente dejó de moverse de forma relativista y su densidad de energía comenzó a dominar gravitacionalmente sobre la radiación. Pasados 300 000 años los electrones y los núcleos se combinaron para formar los átomos (mayoritariamente de hidrógeno). Por eso, la radiación se desacopló de los átomos y continuó por el espacio prácticamente sin obstáculos. Esta es la radiación de fondo de microondas.
- (3) El Gran Colisionador de Hadrones (LHC; en inglés) es el colisionador de partículas más grande y de mayor energía del mundo y la máquina más grande que existe.

***Tú
y yo***



Somos Jóvenes

Evolución o Creacionismo

***Si acaso doblares la vara de la justicia,
no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.***

Don Quijote

***“La naturaleza no puede diseñar nada.
La naturaleza simplemente es “lo que está allí”.
¿Quién diseñó “lo que está allí”?***

Matthew Vanhorn

No puedo evitar un honesta sonrisa cuando alguien basa su opinión en tal o cual diario que “ha dicho...” Cuando es adecuado callo, cuando es conveniente le recuerdo que los periódicos ni hablan ni escriben; hay un personaje, con ideas, tendencias y propósitos definidos que los plasma en un escrito, honesto o tendencioso, con intenciones honradas o aviesas. Para conocer acerca de una idea, de su integridad —Marx el máspreciado ejemplo—, es imprescindible conocer al que la garrapatea.

Darwin fue un ateo que no quería, o sus limitaciones y prejuicios le impedían, ver la huella de Dios en parte alguna. Esos no eran sus caminos, y cualquier escollo que irrumpiera lo evadiría. El 24 de noviembre de 1880, respondiéndole a un joven abogado escribe: *“Siento tener que informarle de que no creo en la Biblia como revelación divina y por lo tanto tampoco en Jesucristo como hijo de Dios. Atentamente, Charles Darwin”*. Contundente confesión [del padre de la Teoría de la Evolución](#). Postura clara. Partía en sus jornadas tachando aquello en lo que no creía, ni buscaba, ¡ni encontraría! Ése el autor del controversial libro que con derroche de palabras titularía: *“El Origen de las especies por medio de la selección natural, o la preservación de las razas preferidas en la lucha por la vida”*. Me sofoco sólo de leer el título.

Antes de continuar adentrándonos en el tema, vale la pena evocar una cita de Ortega y Gasset: *“Si dejamos la explicación de la vida únicamente en mano de los biólogos, entonces la vida se deteriorará e irá perdiendo significado. Experimentar con la vida puede contener muchos riesgos.”*

El profesor Antonio Pardo⁽¹⁾ anota que en primer término la obra inicial de Darwin sólo muestra la palabra “especie” en el título de su obra. No aparece en todo el contenido del libro. De hecho, sólo intenta dar una razón para el cambio *de morfología* de los seres vivos; pero no de su especie. La tesis sobre el cambio de especie por medio de

acumulación de variaciones se ha introducido en el darwinismo de modo muy tardío, bajo el concepto de "especiación": hay cambios evolutivos, pero sólo algunos de ellos llevarían a cambios de especie, y en ello estriba la *especiación*.

Añade nuestro querido profesor que de hecho el propio Darwin reconoce su desesperación y sus problemas, poco menos que insolubles, cuando intenta determinar, entre una serie de ejemplares que está describiendo, si se trata de especies distintas o se trata de variedades de una misma especie. Tras escribir un artículo científico en uno de los sentidos, no termina de verlo claro, lo deja de lado y lo escribe en el otro sentido; para, a continuación, volver a arrepentirse y volver al enfoque original. No sé tú; yo, al menos, entiendo que se produzcan trabazones insolubles en el conocido y paradójicamente



desconocido, Charles Robert Darwin.



La *Doctrina* de la Evolución lo es *de fe* muy firme, inquebrantable, en algo que como en toda religión no se ha contemplado ni comprobado. No creen en el Dios que nunca han visto: creen con determinación en una evolución que tampoco han visto. Por lo menos a Dios lo hemos sentido. ¿Por qué les estorba Dios? ¿Por qué me exigen una prueba de su existencia, los que no tienen ¡ninguna! de la diosa evolución de su Doctrina? No han hallado una sola evidencia de que haya habido un salto de especie, ¡nunca!, y pomposamente la apellidan ciencia. No es ni siquiera una

remota hipótesis, es una religión como la mía, como la nuestra, sólo que de signo diferente y materializado. Dos doctrinas con una curiosa diferenciación: a ellos les es *imposible* probar la *imposibilidad* de que Dios exista. Nosotros podemos demostrarles la *imposibilidad* de su doctrina.

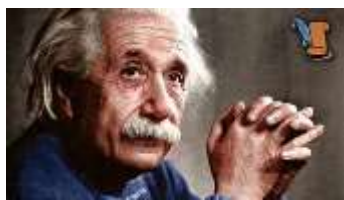
La ciencia no es prepotente, inflada, erigida en un vacío de verdades. Dos requisitos para que sea ciencia: ante todo, universalidad: es mandatorio que se dé siempre, en todos y cada caso, sin excepción alguna. En segundo término confirmación por la experimentación. El evolucionismo no ha exhibido una sola prueba, ni chiquitita, nunca: y su universalidad es de ausencias, es toda de posibles posibilidades, apelan a la diosa fortuna que un día los besará en las dos mejillas –no en la frente que no poseen–. A ellos les tiene sin cuidado: sus seguidores son absurdos.

La evolución eterna, inamovible y paradójicamente súbita. La ciencia, contrariamente, camina a jornadas, despaciosamente, sin quemar etapas: hipótesis, tesis, demostración, y teorema si justificada. Se hace de rodillas, se la trata humildemente porque es mansa y delicada; se la encuentra, no se la fuerza; y hasta que no aprieta entre sus manos y sus sesos evidencias irrefutables, aunque provisionales, ni canta sus victorias ni las apellida ni las entrega.

Si verdadera, la ciencia se sabe y estipula temporal; provisorio lo que afirma. Es cima que al alcanzarla, la esperan otras cimas. Sus verdades, fuertes y flacas, nunca

serán definitivas. ¿La evolución?: un hueco, no alcanza ni la denominación de una lomita; es sima.

El más prolongado reinado de una aserción fue la Aristóteles que contuvo la ciencia por 22 siglos al afirmar la observación como el modo científico. Una simple experimentación, el dejar caer dos piedras desde una torre jorobada, condujo al salto de calidad en el campo del saber científico. Después, sin descalificarlo, Einstein



señoreó a Newton.



Éste y Leibniz —

paralelo descubridor del cálculo infinitesimal— no dejaron de ser gigantescos en la historia del pensamiento científico.



La Física Mecánica preparó su sitio, también



***provisional* a la Física Cuántica; y era ciencia probada; no la bobada de una Evolución que, además, postula al hombre como culmen del proceso evolutivo. ¿No se desprende que de ser cierta esa sandez, habrá otro salto de especie y el hombre dará paso a otro ser superior quizá con alas y dos cerebros seis brazos y doce manos?**

Si les preguntas que muestren no muchos sino *un solo salto de especie*, desde su altísima cátedra te juran que no han encontrado ninguno “todavía”; pero algún día, en el futuro, se encontrará. ¿Ciencia, o ridículas galimatías?

Sé, absolutamente, que los marcianos son rojos, ¿no se ve al planeta exhibir sus purpúreos colores, no se observan sus cárdenas montañas elevarse sobre su suelo de arenas bermejas? Son rojos todos ellos. Tomo mi cohete particular, cruzo los cielos y desciendo en Marte ante la asombrada mirada de sus extraños habitantes... ¡son todos verdes! ¡No puede ser! Les digo (yo hablo *marcíanés*), ¡ustedes tienen que ser rojizos! Me explican que no, que jamás los ha habido de ese color, nunca ha ocurrido. Me despliegan diapositivas de miles de años anteriores, y es cierto: todos de color lechuga. Sé que mi doctrina/teoría tiene que ser cierta: debe haber habido un salto de color, alguna vez, del rojo al de hortalizas. Si me quedo entre ellos un día lo probaré, sucederá, para eso el eternal futuro; pero necesito regresar a la Tierra a atender mis negocios, mi mujer y a mi hijos. Decepcionante.

Atravieso el desierto, fatigado y sediento, cuando vislumbro un edificio ostentoso, clavado en las arenas. Entro. Me recibe un árabe amable y viejo. Me muestra el sitio: laboratorios, máquinas perfectas, drones, memorias USB, robots, ordenadores; entrelazados todos por cuatrillones de circuitos y conectores a una prodigiosa maquinaria que suelta protones, bosones, neutrones morados y amarillos; mide los quantums, fotones, y proporciona energía a cuanto aparato veo. Esto es increíble, exclamo, ¿¡Qué grupo de super-sabios ha creado esto!?

-“Ninguno”, me responde impasible el buen anciano. Una noche, camino de mi ciudad, exhausto, armé mi tienda y me acosté a dormir en el oasis que usted ve allí cerca; al día siguiente, al despertarme, el edificio estaba aquí tal y como usted lo ve. ¡Surgió por casualidad! Aunque eso no es todo

--continuó diciendo--, hay una habitación a la que no he entrado, porque un aviso lo prohíbe: un pergamino explica que es un laboratorio concebido y preparado para que produzca vida: han colocado, según describen, unos cuantos metales chiquiticos, y unos frasquitos con materiales químicos; la temperatura cambia de billones de grados, a 100 bajo cero cada semana, y retorna de nuevo a sus ardorosas ebulliciones. Según detallan, así fue como se formó la vida hace millones de años, y van a repetirlo.

¡Casualidad y Evolución! ¡Cuánta maravilla de espectaculares maravillas! Y orondos nos puntualizan que no es ciencia ficción; es ciencia a pulmón, a secas. Extraña ciencia.

(1) Antonio Pardo. [Universidad de Navarra, Unidad de Humanidades y Ética Médica](#). Miembro de la Facultad . Especialista en Bioética (profesor adjunto desde 1991)
Unidad de Humanidades y Ética Médica

Tú

y yo



Somos Jóvenes

Not a Chance

***Si acaso doblares la vara de la justicia,
no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.***

Don Quijote

***“La naturaleza no puede diseñar nada.
La naturaleza simplemente es “lo que está allí”.
¿Quién diseñó “lo que está allí”?***

Matthew Vanhorn

Según Matthew Vanhorn, uno de los hallazgos más fascinantes en el registro fósil es el del trilobites que se extinguió hace mucho tiempo. Los trilobites vivían en los océanos antiguos de la Tierra, y a menudo son considerados como los primeros artrópodos del mundo—criaturas de caparazones duros que tenían múltiples segmentos del cuerpo y patas articuladas. Estas criaturas, que poseyeron un exoesqueleto duro, se parecen a los cangrejos de herradura. Los trilobites fueron algunos de los primeros animales que vivieron en la Tierra.



Estaban aquí hace más de 250,000,000 de años, y ya tenían *“los lentes ópticos más sofisticados que jamás hayan existido en la naturaleza”*: un par de ojos constituidos por entre 100 y 15,000 lentes en cada ojo. ¿Puro azar? El hecho de la interface refractante, o punto de contacto entre los dos elementos del lente en el ojo del trilobites estaba diseñada de acuerdo con construcciones ópticas realizadas por Descartes y Huygens a mediados del siglo diecisiete —le pudiera parecer al profano como pura ciencia ficción.

Su ojo consistía en miles de hexágonos. Esto aseguraba que la luz que entraba desde cualquier ángulo se refractara en el ojo de la criatura. Había una pequeña pared entre los hexágonos que evitaba que toda la luz refractada se mezclara, permitiendo que los trilobites vieran perfectamente en el agua. No tenían problemas con miopía o dispersión. Los objetos que estaban a un pie de distancia, o a cien millas, podían ser enfocados simultáneamente. ¡Y aquí viene lo sorprendente! *esa complejidad indicaría que la evolución es un proceso degenerativo*: ¡nada en la Tierra hoy en día se compara al ojo

del trilobites de hace millones de años! Se va de lo superior a lo inferior y no al contrario como nos quieren hacer ver, por la sencillísima razón de que nadie nada puede dar lo que no tiene. Si la ficticia, inventada e inverosímil evolución que nos quieren vender existiese, del hombre se pudiera saltar al mono, no a la inversa.

El ojo humano. Como ya hemos mencionado en otro artículo, el cerebro humano consiste en aproximadamente 12 billones de células formando 120 trillones de conexiones. La retina del ojo sensible a la luz (que realmente forma parte del cerebro) contiene sobre 100 millones de células fotoeléctricas. Estas células capturan la estructura de la luz formada por los lentes y las convierten en complejas señales eléctricas, que son enviadas a un área especial del cerebro donde son transformadas en la sensación que llamamos visión. ¡Todo ello para capturar un pajarito batiendo fuertemente sus alas! A una supercomputadora Cray, le llevaría 100 años para simular lo que en nuestro ojo ocurre muchas veces cada segundo. ¿Puede alguien creer que esa inimaginable estructura sucedió un día *“por casualidad”*, cuando el más simple tejido necesita estambre, dos agujetas y una experta bordadora; y que en el árbol genealógico de esa preciosidad que llamamos el ojo humano, encontramos como primer ancestro un trozo de una piedra? ¿Sería fascinante, maravilloso, que nos explicaran cómo “surgió” en la naturaleza?

El pájaro carpintero. Artesano de maderas preciosas,



ebanista y hachero; tallista

delicado, recio tornero. A sus patas, fuertes y de garras afiladas, le crecen cuatro dedos, dos delante y dos detrás (la mayor parte de los pájaros tienen tres dedos delante y uno atrás) para agarrarse firmemente al árbol en cualquier dirección: oblicua, vertical, horizontal. Las plumas de su cola son duras y esponjosas reforzando en su labor al pico en forma de cincel que perfora, tamborileo potente, la madera con fuerza de taladro industrial. Al golpear el árbol con tanta fortaleza quedaría el pajarillo inconsciente si no estuviese dotado de un maravilloso cartilago protector, colocado ente su pico y su cráneo, que actúa como amortiguador absorbente. Ese cartilago tiene un diseño estructural tan perfeccionado que los cirujanos cerebrales investigan el sitio y forma de colocación de este órgano para tratar a pacientes en cirugías postraumáticas. En proporción a su tamaño y peso, el cráneo del pájaro carpintero es la pieza ósea más resistente que tenga criatura alguna.

¡Un hecho sorprendente! taladra intermitentemente: golpea y se detiene: enfoca el sitio en que va a golpear nuevamente, cierra fuertemente sus ojos, y entonces descarga una serie de martillazos ¡en el lugar en que ha oído al gusano arrastrase! La fuerza de los golpes es de tal magnitud, que si no los cerrara vigorosamente sus ojos saldrían disparados de sus órbitas.

En añadido de milagros, la lengua de este pájaro -en la mayor parte de las aves se extiende hasta el límite del pico- se prolonga diez pulgadas

hasta alcanzar en su túnel su presa. ¿Cómo la agarra? Su lengua está dotada de unas pequeñas barras creadas al efecto. Pero hay otro portento todavía más admirable: fabrica en ese instante una goma que fija al gusano o a la larva, retrae su lengua y los engulle. Aun si le hubiese tomado cientos de miles de años desarrollar esa facultad, al tragarla ¿no se pegaría la lengua a su garganta, o al esófago, y lo asfixiaría?: ¡No!: posee otra pequeña fábrica que produce el disolvente preciso y adecuado; y al momento de tragar, exactamente entonces, ni antes ni después, el disolvente diluye el pegamento. ¿Cómo *la evolución* lo ha logrado?

La piel. Ya habíamos hablado de ella. El órgano más grande que tenemos y que arropa todo el cuerpo ¿cómo se habrá formado?: es gruesa donde debe serlo, en los pies y las manos; es fina como fino hojaldre cuando se constituye en ventanilla que cierra los ojos asustados o los abre a la luz plena. Se repleta de vellos donde debe, o los borra, los tacha, donde no hagan falta. Parece tersa, y está llena de pliegues: se hunde en depresiones para volverse reservorio de sustancias, y se alza en tenues abultamientos donde hace falta. Se abre desde adentro hacia afuera: permite que la traspasen los sudores con su carga de células ya muertas y que elimina; y es hermética, impenetrable, a todo lo que quiera traspasarla desde afuera: es una barrera impenetrable, un enorme escudo del organismo.

Se enfrenta al calor y reta al frío: contrae los capilares, detiene el flujo de la sangre y retiene el calor; o abre las glándulas para que el sudor anegue, y nos enfríe. Se hace táctil y capta las sensaciones. Usa la melanina para proteger de los rayos solares y para determinar si se es bronceado o albino. Tiene la asombrosa capacidad de autoregenerarse: sus células nacen constantemente; si se hiere o se corta, allá corren precipitadamente los extrañamente llamados fibrinógenos que tejen una especie de tela en toda la herida; las plaquetas se adhieren entonces para evitar la pérdida de sangre y glóbulos rojos. Allá vuelan los glóbulos blancos, encapsulando los microorganismos que desde afuera osen tratar de penetrar al organismo.

La piel no puede ser duplicada en un laboratorio ni haber nacido de una “mutación” de un guijarro ni de un peñasco, ni de igniciones que suelden hormonas y metales. Como nos preguntábamos en otra ocasión, ¿qué helecho, o qué caracol puede haber trasmutado y coser el suntuoso ropaje que cubre los nervios y los huesos? ¿De dónde, preguntamos, habrá la piel “brotado”? ¿No es una estupidez total pensar que un día, por azar, se descolgó de un gajo?

¿Eliminar a Dios? No nos engañemos, ese es su absurdo objetivo. Cantalamesa apuntilla: Quien elimina de su horizonte la idea de Dios, no elimina con ello el misterio. Queda siempre una pregunta sin respuesta: ¿por qué el ser y no la nada? La misma nada ¿es quizás para nosotros un misterio menos impenetrable que el ser, y la casualidad un enigma menos inexplicable que Dios?

"El Universo me molesta, diría Voltaire, pero no puedo imaginar que este reloj funcione y no exista relojero alguno".

No pueden demostrar la *imposibilidad* de que Dios exista. Lo que es totalmente demostrable es la *imposibilidad* de que la evolución exista.

Jorge.

Imágenes superiores del artículo

- 1- El Principio de los Tiempos según la visión del pueblo Aymará
- 2- Las constelaciones Aymará del Braseró y el Puente vistas desde el altiplano en el año 1500 para el mes de diciembre al anochecer.

(Ambos dibujos y composiciones de Silvia Smith©)

Aymará, es un pueblo indígena de originario de América del Sur, que habita la meseta andina del lago Titicaca desde tiempos precolombinos, extendiéndose entre el occidente de Bolivia, el noroeste de Argentina, el sureste del Perú y el norte Grande de Chile.

+Tú



y yo

Somos Jóvenes

¿Deber o derecho?

***Si acaso doblares la vara de la justicia,
no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.***

Don Quijote

“La mayor perfección del hombre es cumplir el deber por el deber.”

Immanuel Kant.

Es el deber quien rige, manda, predomina. Es causa, no consecuencia; raíz del obrar humano, respuesta a lo recibido. Es del deber cumplido de donde emanan los derechos. Del deber, brotado del amor de adorar a mi Dios, emana la libertad de religión; del de defender la propia vida, el de portar armas. Del deber sacral ante la patria de luchar contra la

tiranía, el derecho inalienable de poseer bazookas, armas de asalto, y cañones; de ser posible aviones de combate y un portaviones en el patio de mi casa. Del amor que debo a mi país, el privilegio de enrolarme en la caballería esgrimiendo la lanza; de ello brota, irrenunciable, mi derecho de ciudadanía en la tierra en que entierro a mis muertos. Del deber de multiplicarnos, el de educar mis hijos en mi fragua al calor de la lumbre del hogar. Dime de tus deberes, y comenzaremos a charlar de tus derechos. Derecho tengo uno, supremo, hermoso, envidiable: el de cumplir con mis deberes. Un



deber inviolable: el de obedecer a la voz de la conciencia, a la ley moral en donde mora ella. Carlyle afirmaba con justicia: “Obedecer” el deber nuestro, es nuestro destino, y aquél que no quiera someterse a la obediencia será necesariamente despedazado.” Lo serás, amigo.

Dios no dio consejos. El Creador, el Amo y Señor nuestro, no dispensó sugerencias ni en el Génesis al hombre ni en el Horeb a Israel. Dijo: “Haz esto”. En ninguno de los dos parajes menciona prerrogativas. Para universalizar su ley talló en cada hombre y mujer, para bien nuestro, Sus decretos. La ley moral natural que lleva cada ser humano en su conciencia no enuncia derechos propios, plasma deberes.

La impresionante ley moral natural, de validez completa, arraigada en el adentro, la instituye la razón y se extiende a toda criatura. Cicerón afirmaba antes del advenimiento del Cristo: “Existe ciertamente una verdadera ley: la recta razón, conforme a la naturaleza, extendida a todos, inmutable, eterna, que llama a cumplir con la propia obligación y aparta del mal que prohíbe.” En De República acentuaba que dicha ley no puede ser contradicha, ni derogada en parte, ni del todo. Dios, en su bondad, asentaba en el corazón del hombre, sin esperar la culminación que le daría Cristo, el modo de encontrar la felicidad obrando. La ley moral natural, no tiene que dictarla ningún Estado, ni puede éste invalidarla; es ajena a toda creencia religiosa: la lleva en su pecho el caníbal, el ateo, el monje, el criminal, el santo.

Significativo. ¿Has visto alguna manifestación, en ningún tiempo, reclamando deberes? Sin entender, duro aceptarlo, que cumplido el deber de actuar con integridad, existirá -y sólo entonces- el derecho de reclamar justicia. De ahí deriva, nunca se insistirá suficientemente, que al mandato supremo e interior de defender la soberanía de la patria, ¡y de la paz!, exista el derecho a la justa guerra contra el que intente mancillarlas: impele un Dios de los Ejércitos.

Abandonando la moral del deber, eximio orgullo de nuestros antepasados en los que destacaba el honor y el duelo, en que la palabra empeñada era sacrosanta, hemos ido asumiendo la moral del derecho; el tristísimo. Desgarradora anuencia a la mentira para trepar reptando y la doblez para ser electos; la aquiescencia a la inmoralidad, a la Contra Naturam que exige *tolerancia* y con ella la facultad a denigrar, a no respetar, a implantar absolutismos sin que suceda nada.

Entresaco de mis recuerdos una historia olvidada. Terminada la guerra de independencia de la nación cubana, acude un hombre digno a solicitar trabajo a un influyente personaje, el que le entrega una tarjeta suya para que la presentase a un principal. Escrito en ella: “Te recomiendo a esta persona que, aunque mambí⁽¹⁾, es un buen hombre”. No transcurrió mucho. Conversaba aquel insolente con unos amigos cuando irrumpe un general, mambí, sus grados ganados al machete en la guerra. Devolviendo la tarjeta dijo secamente: -“Cómasela.” El amigote más cercano con experimentada discreción le susurró al impertinente: “Haría bien en comérsela”. La tarjeta fue comedidamente digerida. El soldado de cicatrices había solicitado un favor, gentilmente. El general impuso su deber de restitución de justa dignidad, no tan amigablemente. Era tierra de deberes muchos, y escasos reclamados derechos.

¿Tengo algún reclamo ante mi Dios, ante mi madre, ante el niño, el caído, o el que pasando por mi lado es otro Cristo? ¿a la impudicia, a la desfachatez, al tráfico humano, la pedofilia, a la indecencia? Por ser “libre” exijo condescendencia, anuencia, disimulo. La tolerancia

tampoco es reclamable. La intransigencia es el deber que la razón impone.

Dios, por Amor, nos entregó a Sus hijos, un Manual del Usuario que lleva a la felicidad aquí en la tierra; luego, más tarde, después, a la Vida eterna. No tienes que emplearlo, es tu derecho, puedes echar agua en el tanque de la gasolina y gas en el radiador. ¿No es en lo que te empeñas para ser feliz?

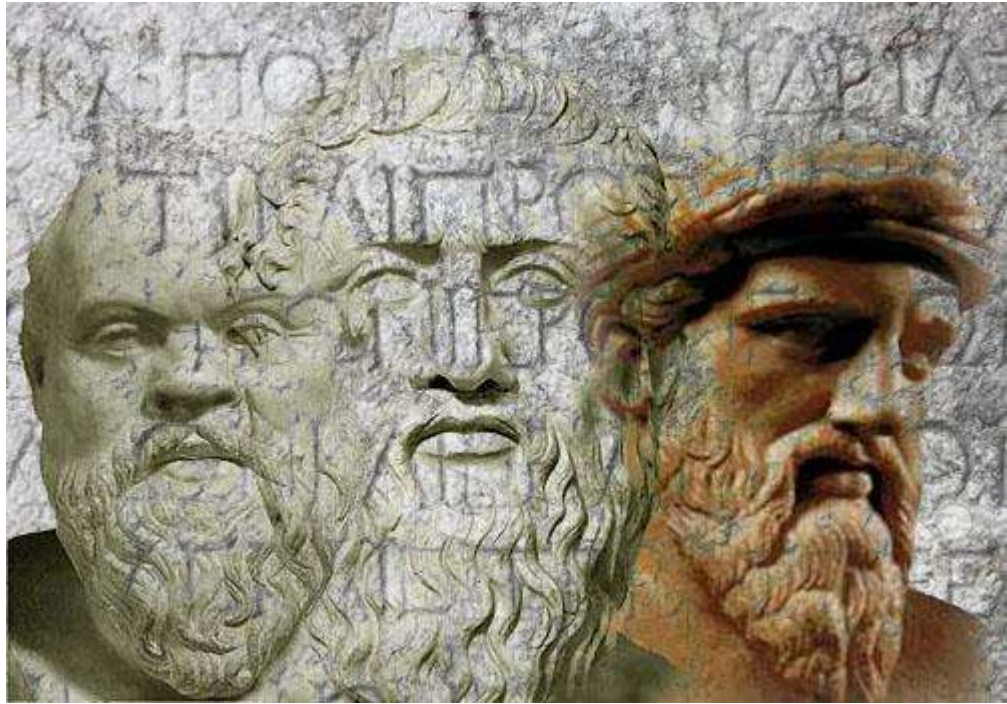
El deber del amor; el amor al deber:

***Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas;
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras...*** ⁽²⁾

(1) Dicho del participante en la insurrección independentista contra España producida en Santo Domingo y Cuba en el siglo XIX.

(2) San Juan de la Cruz

+Tú



y yo

Somos Jóvenes

***Si acaso doblares la vara de la justicia,
no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.***

Don Quijote

La inmaterialidad de la raíz cúbica

***«Muchas cosas hay portentosas,
pero ninguna tan portentosa como el hombre»***

Sófocles

La raíz cúbica de veintisiete es tres. Antes de ser un hecho es un ente, lo que es. Los griegos lo llamaron «*ōv*», "ser"; los romanos "ens". De ello se pronunciaba Aristóteles: los entes solamente son *si aparecen*, con atributos propios y observables.

El ente es ser, con características y cualidades; como mi nombre: un grupito de letras que fijan mi identidad. En toda nación-ente- vibran, se muestran, *aparecen*, comportamientos, hábitos, tradiciones, costumbres, creencias, modos de ser inmatrimales.

Los entes *son*, como lo es un árbol o un muro, o una persona. Es ente un patrimonio cultural -inmaterial-, que se transmite, se da en herencia abstractamente, de una generación a la siguiente; aunque a Marx y a su materialismo les moleste.

"Cabe señalar que la raíz cúbica, en el sistema de los números reales, estrictamente es la función inversa de la función $y=x^3$. La extracción de la raíz cúbica de cualquier número real puede admitirse como una operación unaria de los reales en los reales."

$$^n\sqrt{a} = r \iff r^n = a$$

Y porque *aparece*, con atributos propios, la raíz cúbica es, inmaterial existe. Mira que linda, Lenin: $\sqrt[3]{}$ Agarrarla no puedes, se te escapa. Puedes pasarle el dedo, puedes borrarla, pero en algún sitio aparece otra. Existen, imuchas! La inmaterialidad es hermosa señora, ubicua, omnipresente.

Alguien preguntó: Hombre, existes, pero ¿quién eres?...

No materialidad pura y total. No es de rocas mi ambición, mi soñar, ni hincó mis rodillas ante ningún -de oros su piel- becerro. En mi inmaterialidad itrasciendo!

La sociedad política, el Estado, inmatrimales entes que al materialismo encantan, es para mí que existen, a su función de fiel custodia servidores consecuentes. Son

-¡sorpresa!-, herramienta, instrumento para salvaguardar las almas. Y yo, no soy un individuo -"aquello que excluye de uno mismo a todos los demás hombres"⁽¹⁾- que imaginas; ni proletariado ni campesino -eso es lo que hacen, no lo que son-...: yo soy una persona, con alma subsistente, un «öv», un "ser", con características que *aparecen*. Soy auto donación. ¿No me ves libre, no ves que amo? Soy aquello y todo lo que rechaza tu insolencia abstrusa, sin ciencia ni razón, totalitaria. No materialidad pura y total, descalza de valores morales y espirituales: con ellos es que trasciendo la individualidad y la naturaleza.

No pueden concebirlo, su incredulidad, su ignorancia culpable no les permite levantar sus ojos del lodo de la tierra. Soy hombre endiosado. ¿Entenderán si les confieso que puedo divinizarme? No pueden y no quieren. Cristo se lo enrostró; los conocía: "Si les he hablado de las cosas terrenales, y no creen, ¿cómo creerán si les hablo de las celestiales?"

¿Se les puede explicar lo que es una persona, su trascender eterno? Resultaría más sencillo describir el arcoíris y la refracción en el agua a un ciego si éste lo anhelara y lo pidiera: lo captaría con las pupilas de su alma.

¿Cómo puede existir la materialidad, sin la inmaterialidad? Inconmensurablemente heroico el tres atado a una cúbica raíz que es excelsa.

En la pregunta expresas la respuesta. ¿Quién soy? Soy hombre. Lo inmaterial reviste mi materia: es la forma de ésta. Soy la persona que , con los muy míos, los más míos, constituyo la "*communio personarum*", de que hablara Juan Pablo. Yo soy familia. Soy oración, culto, liturgia, Iglesia. Tengo un cuerpo de materia, iy tengo un alma!, apretados en uno; abrazados en la unicidad de mi existir. Y soy un

trozo de un cuerpo inmaterial, vivo, con alma, místico, de Cristo. Soy hijo del Dios vivo.

Soy... un misterio. Yo mismo no me entiendo, no alcanzo porque no sé que sea el ser imagen y semejanza del Gran Misterio. Para acercarme a Él y descifrarme, tendría que descifrarlo a Él. Y para Él, para llegar a comprenderlo, soy un camino en el Camino. ¿Ya ves mi enriscado enredo? Soy cumbre y soy miseria. Yo soy muy grande -"Apenas inferior a un dios lo hiciste"- canta el salmista. ¡Soy el delfín del feudo!; y soy itinerante nada, que a tumbos camina al Reino.

Yo soy mi gran pregunta que me atrapa y no logro explicarla. Pregunta abierta en mi examen en la que soy estudiante y maestro: el inquieto discípulo que inquiere, y a quien respondo desde mi única, flaca existencia. Soy un hombre acabado, cumplidamente terminado, y un hombre en desarrollo: con la gracia esculpo, y con mis manos lo estropeo. Señor con señorío. Señor y esclavo.

Benedicto XI acude, para ayudarme, al poema de Otto Miller, sacerdote de la Prusia oriental:

*Raza de Caín, infamadora de Dios, tú, la tan honrada,
Tuyo es el poder en esta tierra, y con el poder también el derecho,
Con la boca abierta te admiran los tontos y los eruditos,
Aplausos arrancas al populacho y al rey y al siervo.
Raza de Abel, con las manos limpias e ideas piadosas,
Predilecta del infortunio, tu parte es la denigración y el golpe.
Cuando en el Vía Crucis de la vida tus cansadas rodillas flaquean,
Retumba la burla de Caín y sus hordas le hacen eco.
Caín, con placer lavas de tus manos la sangre fraterna,
Gloria y triunfo te pertenecen en la historia.
Pero tú, Abel, te desangras mudo y sin lamento,
Nadie da testimonio a tu favor, nadie te defiende.
Caín, ídolo de las masas, laureado como enviado del destino,
Con admirada veneración, el populacho boquiabierto
contempla tu ostentosa tumba.
Pero yo veo en tu frente el signo con que Dios te marcara,
Y me aparto en silencio.*

Y remata nuestro querido Benedicto añadiendo: La respuesta a la pregunta por el hombre, es el dedo de Pilatos apuntando al rey coronado de espinas: “Este es el hombre”.

Jorge J. Arrastía.

Man and the Estate. Jacques Maritain

+Tú



Y yo

Somos Jóvenes

***Si acaso doblares la vara de la justicia,
no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.***

Don Quijote

El Rostro

***“Tu cuerpo de hombre con blancura de hostia
para los hombres es el evangelio”***

Unamuno

Cristo, Rostro de Dios. Iglesia, Rostro de Cristo.

Quiso quedarse. Loco, volcado totalmente, la Cruz no le detenía ni le bastaba. En desesperación, se hizo Cuerpo Místico para que todos cupiéramos en Él, en Su entraña; mirásemos con Su mirada, habláramos con Su misma voz acariciante o airada. Tú y yo su piel, y del Espíritu el alma, fuésemos el mismo Cristo.

¿Amar a Dios; y no amar a Su Iglesia, ¡al Hijo!?: sería no entender, no sentir, no existir. Sólo en la Iglesia, militante o triunfante, está el Cristo. La Iglesia, Rostro del Cristo.

Adéntrate en Sus ojos y entrarás en el Padre. En las Pupilas tiene prendida la cristiandad, liturgias, templos, la cartuja, y la ancianita que reza entre las inquietas llamas de las velas en lo más escondido de la iglesita de las paredes viejas y tiernas.



Mira Su Faz, que es la de Agustín, Ignacio, y San Josemaría.

Tú eres Pedro, y sobre tus espaldas levantaré una Iglesia, romana, eterna, única Mía. Quien te rechace es a Mí a quien flagela las espaldas; y en Mí al Padre, al Dios de los ejércitos que ama, y aplasta con Su puño haciendo de la cumbre una hondonada. Yo soy el cura todo de negro tras la rejilla de un confesonario: con mi Misericordia -tribunal- al levantar mi Mano absuelvo. Yo soy el que hace del pan mi Ser cuando él consagra. Es mi Espíritu el que mueve las aguas del Jordán y las derrama sobre el niño; el que las estremece, olas y vientos, para tragar la tierra. Yo soy liturgia y anatema.

¡Al suelo, Saulo! Pondré escamas en tus ojos, ceguera en tu alma hasta que hinqües tu rodilla. Mira mi Rostro triste, son ahora tus espinas las que hienden.



No es de Santiago ni Natanael el rostro que ves tan abatido, ni es Anás ni Pilatos quienes condenan; eres tú el que me aguijonea, tú y los Saulos que vendrán más tarde a crucificarme en la Iglesia que pende en mi madero. Nos atraviesan a los dos el centurión y a los dos nos colocan, siempre uno solo, en el sepulcro nuevo.

La Iglesia es Mi Rostro; y es Mi Cuerpo en tálamo divino. ¿Puedes denigrar a Mi esposa, o negar a Mi Madre Santísima, sin abofetearme? Un solo Cuerpo, un solo Rostro.

San Agustín alerta: *“Alegrémonos, por tanto, y demos gracias a Dios: no sólo hemos llegado a ser cristianos, sino que hemos llegado a ser Cristo mismo. ¿Lo comprendéis, hermanos? ¿Sois conscientes de la gracia que Dios ha derramado sobre vosotros? Asombraos y alegraos:*

¡hemos llegado a ser Cristo! Si Cristo es la cabeza y nosotros los miembros, el hombre total es Él y nosotros"⁽²⁾

Cuatrocientos años antes de Agustín: *"Y había unos griegos entre los que subían a adorar en la fiesta; éstos, pues, fueron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaban, diciendo: Señor, queremos ver a Jesús."* Hoy, otro, quiere ver a Jesús. Cristo está en el Misterio del hombre, en el Misterio de la Iglesia: nosotros, acaso seremos el único Rostro que en su caminar encuentren los que buscan; y, mucho cuidado, el rostro de la santidad es el que les estremece. San Juan Pablo II lo señala: *"Hoy la gente se fía poco de las palabras y de las declaraciones solemnes; quiere hechos. Por ello, mira con interés, con atención e incluso con admiración a los que testifican. Se podría decir que la deseada mediación entre la Iglesia y el mundo moderno, para que tenga de verdad eficacia, exige hombres que sepan hacer realidad la perenne verdad del Evangelio en su propia existencia y al mismo tiempo la conviertan en instrumento de salvación para sus hermanos y hermanas"*⁽¹⁾

Los doce reunidos. Jesús no beberá más del fruto de la vid, se marcha...

Tomás le dice al que va a partir que no sabe a dónde Él va, ¿cómo el camino? El Dídimos tenía la Verdad y la Vida; como a ti y como a mí, lo que les cuesta a tantos es lo que el apóstol pide: encontrar el camino. Descaminados no se llega.

Felipe, como los griegos, suplicas que muestre al Padre y ya te basta. *Hace tanto, Felipe, y todavía ¿no nos conoces? ¿No crees que Yo estoy en Ella, y Ella en Mí? Las palabras que Ella dice, no las habla por su propia cuenta, sino que Yo que moro en Ella soy el que hace las obras. Mirame al Rostro detenida, fija, intensamente... ¿No ves Quién Soy? Yo soy el Padre ¡Y soy mi Iglesia!*

Jorge J. Arrastía.

(1) San Juan Pablo II. Discurso. 15 de febrero de 1992

(2) In Johannis evangelium tractat

